

Hannah Tinti

Las doce balas
de Samuel Hawley





Seix Barral Biblioteca Formentor

Hannah Tinti

Las doce balas de Samuel Hawley

Traducción del inglés por
Ramón Buenaventura

Título original: *The Twelve Lives of Samuel Hawley*

© Hannah Tinti, 2017

© por la traducción, Ramón Buenaventura, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

La cita de *Moby Dick* está tomada de la edición de Austral,
con traducción de José María Valverde

Primera edición: mayo de 2018

ISBN: 978-84-322-3374-6

Depósito legal: B. 7.300-2018

Composición: Gama, S. L.

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre
de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

HAWLEY

Cuando Loo tenía doce años, su padre le enseñó a disparar un arma de fuego. El hombre guardaba en su cuarto un cajón lleno de ellas, y otras cuantas en cajas escondidas por toda la casa. Loo las había visto de noche, cuando su padre las desmontaba para limpiarlas en la mesa de la cocina, engrasándolas y puliéndolas y pasándoles el cepillo durante horas. Ella tenía prohibido tocarlas, así que las miraba de lejos, enterándose como podía de sus secretos, hasta el día en que apagó doce velas colocadas en doce pastelitos Ring Dings de chocolate, dispuestos en estrella sobre una bandeja, y Hawley abrió el arcón de madera que había en el salón y le puso en las manos el regalo que había estado esperando: el rifle de su abuelo.

En ese momento, Loo aguardaba en el vestíbulo mientras su padre bajaba del armario de delante una caja de munición. Cogió cartuchos de percusión anular, del calibre 22 —para rifle largo y Magnum— y también para Hornady de nueve milímetros de 115 granos. Se oyó el repiqueteo de las balas, dentro de sus cajas de cartón, al meterlas en una bolsa. Loo tomó nota de cada detalle, como si las decisiones de su padre fueran una asignatura

de la que luego tuviera que examinarse. Hawley cogió un Remington de acción de perno modelo 5, un Winchester modelo 52 y su Colt Python.

El padre de Loo siempre salía de casa con un arma a cuestas. Cada una de esas armas tenía su historia. Estaba el rifle que usó el abuelo de Loo durante la guerra, con una muesca por cada muerto, que ahora le pertenecía a ella. Estaba la escopeta de calibre 20 que Hawley se había traído de un rancho de Wyoming en el que trabajó una temporada adiestrando caballos. Estaban unas pistolas de plata para duelos, en su estuche de madera pulida, que ganó al póquer en Arizona. La Ruger de cañón corto que tenía guardada en una bolsa, al fondo de su armario. Las pistolas Derringer con culata de nácar que tenía escondidas en el último cajón de su mesa de despacho. Y el Colt con un sello de Hartford, Connecticut, a un lado.

El Colt no tenía sitio fijo. Loo se lo había encontrado debajo del colchón de su padre y también a la vista en la mesa de la cocina, encima del frigorífico y, una vez, en el borde de la bañera. Aquel revólver era como una marca que su padre iba dejando en los sitios por donde pasaba. Si Hawley no estaba delante, Loo solía tocar la culata. Era de palisandro, muy suave al tacto, pero nunca empuñaba el arma ni la movía del sitio en que su padre la hubiera dejado.

Hawley agarró ahora el Colt y se lo metió en el cinturón, para enseguida echarse los rifles al hombro en bandolera. Dijo: «Vamos allá, alborotadora». Luego sujetó la puerta mientras ambos salían. Anduvo por delante de su hija mientras cruzaban el bosque de detrás de la casa y bajaban el barranco, por el que, antes de desembocar en el océano, fluía una corriente de agua sobre un lecho de piedras musgosas.

Era un día despejado. Las hojas habían abandonado sus ramas para cubrir el suelo de carmesí, amarillo y anaranjado; secas y crujientes. El padre de Loo se detuvo junto a un viejo arce, de una de cuyas ramas colgaba una herrumbrosa lata de pintura. La destapó con una navaja, utilizó la brocha atada a la empuñadura para hacer una marquita blanca en un pino situado a cien metros y a continuación regresó junto a su hija y las armas.

Hawley andaba por la cuarentena, pero parecía más joven, todavía estrecho de caderas, con las piernas fuertes. Era más largo que una falúa, con los hombros anchos y algo caídos por culpa de los años que se había tirado conduciendo su camioneta de un lado al otro del país, con Loo en el asiento del pasajero. Tenía callos en las manos, por efecto de sus trabajos eventuales —reparar coches o pintar casas—. Tenía las uñas negras de grasa y siempre llevaba demasiado largo y revuelto el pelo oscuro. Pero sus ojos eran de un azul profundo y poseía una cara desigual y quebrada, de un modo que a fin de cuentas resultaba atractivo. Parasen donde parasen, en carretera, para desayunar en alguna cafetería de la autopista, o en alguna localidad pequeña donde se demorasen un tiempo, Loo siempre notaba que las mujeres viraban en su dirección. Pero Hawley siempre callaba la boca y apretaba la mandíbula, impidiendo así que nadie se le acercara demasiado.

En esos días, el único sitio al que iba su camioneta era la orilla del mar: allí escarbaban en busca de almejas y acarreaban cubos de conchas. Hawley las llamaba *quahogs*. Pero también chirlas y otras variedades de distintos tamaños y formas. Él utilizaba un rastrillo para remover, pero Loo prefería una pala larga y fina, con la que podía levantar la arena antes de que las criaturas empezasen a excavar

para ocultarse. Todas las mañanas, a primera hora, padre e hija se arremangaban los pantalones hasta las rodillas y se calzaban las botas de goma. Extraían las conchas en las marismas y marjales salinos, de la arena y de las zonas que quedaban al descubierto al bajar la marea.

Hawley se descolgó el Remington del hombro y le mostró a Loo cómo cargarlo. Cinco balas fueron deslizándose, una por una. Luego el cargador entró en su sitio con un clic.

—Esto es para principiantes. Un arma de entrenamiento. No puede hacer mucho daño. Pero, así y todo —dijo—, ten puesto el seguro. Mira bien a dónde apuntas y lo que hay detrás. No apuntes a nada si no vas a disparar.

Abrió el cerrojo, lo retrajo, lo volvió a cerrar, haciendo que subiera a la recámara la primera carga. A continuación le pasó el rifle a su hija.

—Asienta bien los pies —dijo—. Destensa las rodillas. Respira hondo. Echa luego la mitad del aire. Entonces es cuando tienes que apretar el gatillo. Mientras sueltas el aire. No jales. Aprieta.

Loo notó en las manos la frescura y el peso del Remington, y le temblaron un poco los brazos cuando lo subió para apoyarse la culata en el hombro. Llevaba tantos años soñando con utilizar un arma de su padre, que ahora fue como si siguiera soñando. Trató de nivelar la mirilla mientras apuntaba, se acercó la culata, elevó el codo y al final, al final del todo, quitó el seguro.

—¿A qué le vas a disparar? —le preguntó su padre.

—A ese árbol —dijo Loo.

—Muy bien.

Siguió con la imaginación la trayectoria de la bala, la vio recorrer kilómetros, creando su propia historia. Se sabía de memoria todas las piezas de esa arma, cada engranaje, cada tornillo, y ahora las sentía todas —el resorte y el pasador y la recámara y el percutor—, sentía cómo operaban de consuno, situándose en sus posiciones mientras ella tocaba el gatillo.

La explosión consiguiente fue más un pum que una detonación. La culata del rifle apenas retrocedió contra su hombro. Loo esperaba una sensación fuerte, y la correspondiente sacudida en el cuerpo, pero lo único que notó fue una pequeña burbuja de alivio.

—Mira a ver —le dijo su padre.

Loo bajó el cañón. Apenas logró discernir la marca blanca en la distancia, intacta.

—He fallado.

—Todo el mundo falla. —Hawley se rascó la nariz—. Tu madre falló.

—¿Sí?

—La primera vez —dijo él—. Ahora desliza el cerrojo.

—¿Fue con esta escopeta?

—No —dijo Hawley—. A ella le gustaba la Ruger.

Corrió hacia atrás la palanca y el casquillo salió disparado y fue a parar al suelo del bosque. Loo volvió a poner el cerrojo en su sitio y la siguiente bala subió a la recámara. Su madre, Lily, murió antes de que ella pudiera recordarla. Se ahogó en un lago, por accidente. Hawley le había enseñado a Loo el lugar exacto del suceso, en un mapa de Wisconsin. Un pequeño círculo azul que podía cubrir con la punta del dedo.

A Hawley no le gustaba hablar de ello. Por esa razón, el aire centelleaba un poco cuando lo hacía, como si el nombre de Lily invocase algo peligroso. Casi todo lo que

Loo sabía de su madre estaba en una caja llena de recuerdos, un altar ambulante que su padre reconstruía en los cuartos de baño de cada sitio en que se iban instalando. Habitaciones de motel y apartamentos provisionales, pisos sin ascensor y cabañas en el bosque, y esta casa de la colina, este sitio que, según Hawley, era su hogar ahora.

Las fotografías iban primero, en torno a la bañera y el lavabo. Hawley las fijaba con cuidado, no fueran a romperse: instantáneas de la madre de Loo, con su pelo negro, su piel pálida y sus ojos verdes. Al lado distribuía unas botellas a medio uso de champú y de acondicionador, una polvera y una barra de labios roja, un cepillo de dientes deformado, una bata de seda con dragones estampados en la espalda y latas de las cosas que más le gustaba comer a Lily —piña y garbanzos—, junto con fragmentos de escritura, trozos de papel que aparecieron tras su muerte, cosas que necesitaba de la tienda de ultramarinos, una lista de actividades que esperaba concluir antes del sábado siguiente y un tique de aparcamiento con fragmentos de un sueño garrapateados al dorso. *Coche viejo plegable que se puede llevar en una maleta.* Cada vez que iba al váter o se bañaba, Loo tenía delante las palabras de su madre, y podía ver cómo las letras se corrían con el paso del tiempo, cómo las iban atenuando los vapores de la ducha.

La mujer muerta era una presencia permanente en sus vidas. Cuando Loo hacía algo bien, su padre le decía: «Igual que tu madre»; y cuando hacía algo mal, su padre le decía: «Esto no le habría gustado nada a tu madre».

Loo apretó el gatillo. Lo hizo una y otra vez, recargando, durante más de una hora; en ocasiones mellaba un poco

la corteza del árbol, pero falló todos los intentos, hasta que se formó un montón de casquillos de latón a sus pies y empezó a dolerle el brazo por el peso del arma.

—El blanco es demasiado pequeño —dijo—. No voy a darle nunca.

Hawley se sacó una petaca del bolsillo y la sacudió hacia delante y hacia atrás ante los ojos de Loo. La chica bajó el rifle. Se acercó a su padre y le cogió el tabaco, y también un librito de papel de fumar. Sacó una fina porción de papel, separándola del resto, la plegó por la mitad con el dedo y puso un poco de tabaco en el hueco. Luego añadió el filtro y empezó a enrollar, y pellizó en seguida ambos extremos, y lamió el borde para sellar el doblez. Le tendió el cigarro a su padre, y él, tras prenderlo, se tumbó al sol en una roca cercana. Se estaba dejando la barba, como hacía cada vez que empezaba el frío, y ahora se la rascaba, enredándosele los dedos en el estropajoso pelo castaño.

—Piensas demasiado.

Loo le lanzó la petaca y volvió a coger el rifle. Su padre apenas había dicho nada durante la clase, como dando por sentado que la chica ya sabía utilizar las armas. Loo se emocionó mucho al principio, pero ahora empezaba a desanimarse, como le ocurría en el cuarto de baño, rodeada de trozos de papel con palabras de su madre y de latas de lo que más le gustaba comer a su madre y de fotos de la belleza espontánea de su madre.

—No puedo hacer esto —dijo.

Estaba subiendo la marea. Loo oía al océano, acumulando fuerzas, detrás del barranco. Una ola tras otra, ganando terreno por la orilla. Hawley volvió a meterse la petaca en el bolsillo.

—No hay nada entre ese árbol y tú.

—Estoy yo en medio.

—Pues apártate.

Loo puso el seguro y volvió a bajar el rifle. Arrancó una piedra del suelo con los dedos y la lanzó al bosque, todo lo lejos que pudo. La piedra recorrió en su vuelo la mitad del camino hasta el blanco y luego se estrelló en un matorral. Pájaros salieron volando. Pasó por encima de sus cabezas el ruido de un avión. Loo miró entre las ramas el destello de aluminio en el cielo. A diez mil metros de altura, parecía un blanco fácil.

A Hawley se le había apagado el cigarro mientras miraba a su hija, y ahora volvió a prenderlo, raspando una cerilla: la brasa alumbró una vez, dos veces, cuando se lo llevó a los labios. Luego lo aplastó contra la roca. Expelió el humo por la boca.

—Tienes que ponerte una máscara.

Hawley alzó sus manos de gigante y se tapó la cara con ellas. Luego separó los dedos, para enmarcar con ellos sus ojos y formar un puente por encima de la nariz. Parecía un desconocido, visto de ese modo. Luego se quitó la máscara y volvió a ser su padre.

—Prueba tú.

Las manos de Loo no eran igual de grandes, pero bastaron para aislarla del bosque y de su propia decepción. Eran como las orejeras de un caballo. Las cosas se hacían borrosas o desaparecían cuando volvía los ojos a izquierda o derecha.

—¿Cómo voy a disparar así?

—Utilízalo para enfocar, luego coge el rifle otra vez —dijo Hawley.

Loo volvió a situarse mirando al blanco. Empezaba a ponerse el sol. La luz incidía en la mancha de pintura blanca, haciéndola brillar. El entorno del árbol —la tie-

rra, el cielo, sus propias ramas— se desvaneció. Loo pensó que así era como su padre debía de ver las cosas. Un mundo de dianas.

Justo en ese momento, detrás del blanco, se agitaron las hojas. Algo se movía en el bosque. Loo bajó las manos, dejando la cara al descubierto. Contuvo el aliento. Oyó solamente el sonido del viento. El ruido de las hojas de abedul al agitarse. El eco distante del avión en las nubes. Los arañazos de una ardilla raspando la corteza de un árbol con las garras. Pero su padre estaba atento a alguna otra cosa. Con el mentón bajo, mirando de soslayo a la izquierda. Con el rostro tenso y alerta.

Hawley siempre estaba observando. Siempre esperando. Tenía la misma expresión cuando iban al pueblo a buscar provisiones, cuando el cartero se aproximaba a su puerta, cuando un automóvil se situaba a su lado en la carretera. Por la noche, ya tarde, Loo lo oía moverse por el salón, comprobando los cierres de las ventanas. Cuando escarbaban la playa buscando almejas, lo hacía con el mar a la espalda. Eran pequeños detalles, pero la chica los percibía. Como los percibía ahora, mientras el cuerpo entero de su padre permanecía inmóvil. Luego echó el brazo atrás y enseguida lo estiró hacia delante con el Colt en la mano.

Loo dio media vuelta y recogió el rifle. Se le quedaron rígidos los dedos en la culata. Recorrió el bosque con los ojos, sin ver nada. Su padre estaba de pie, mirando en dirección al árbol. A la marquita blanca situada a cien metros, al otro lado del barranco.

—¡Loo! ¡Ahora!

Gritó el nombre de la chica como si sus vidas hubieran dependido de ello. Y en un movimiento el Colt cortó el aire como una extensión de su brazo, y disparó al bos-

que, fognazos, un estampido tras otro, resonando contra las colinas. Loo se llevó el rifle al pecho y corrió el cerrojo y disparó, corrió el cerrojo y disparó, corrió el cerrojo y disparó, y hasta la quinta vez no se dio cuenta de que su padre había parado y ella se había quedado sin balas. Clic, clic, clic.

Loo bajó el cañón del rifle, con la esperanza de ver algo —sin saber exactamente qué era lo que esperaba—. Un monstruo acechándolos desde los árboles. Una sombra del pasado de su padre. Pero solo estaba ahí el delgado pino, con una nueva franja amarilla, como si el Colt de Hawley le hubiera pelado la corteza directamente del tronco. Y medio metro más abajo, en mitad de la marca blanca que había pintado, tres orificios negros.

El padre de Loo fue corriendo a comprobar la diana. Se sacó la navaja de la bota y extrajo del tronco una de las balas. Volvió con Loo y se la soltó en la palma de la mano. Un diminuto trozo de metal, del color del oro. La bala era del rifle de Loo, pequeña y resplandeciente y dura y rota. Rehecha por el impacto en la diana. Hawley sonrió, con un brillo en los ojos.

Luego dijo:

—Igual que tu madre.